

Pero una condena absoluta no debe envolver al justo con el culpable, ni salpicar del cieno de la corriente aquellas linfas que se mantienen puras en el secreto de los regollos. Precisamente en España, contaminada del afrancesamiento europeo, casi todo el pueblo se salvó durante esa centuria. El pueblo inferior, el que no es letrado, ni sabe de refinamientos, ni frecuenta los senados de la inteligencia. Y de las clases escogidas o superiores se salvó asimismo una gran parte. No hemos de olvidar que el triunfo del mal no podía ser absoluto. Los fundamentos de la Iglesia son ya, para la eternidad, indestructibles. La Iglesia es la fortaleza desde la cual se lucha contra el poder de las tinieblas, contra la fuerza del principio material. La fuerza bruta conquista a veces dilatados reinos, y el odio se sienta en un trono muy alto y muy recio; pero los ejércitos del espíritu no están ociosos, y el estandarte del amor vuelve a elevarse sobre las gentes en el campo de batalla. Y el amor ordena el mundo según su perfecta arquitectura, como preveía Platón cuando aún Cristo no había tomado carne mortal; como ya, a la luz de la Filosofía del Evangelio, supo expresar Dante Alighieri, al observar que de amor sublime nos ofrece ejemplo el equilibrio de los astros en el Universo; como nos lo dicen en sus arrebatadas expresiones los místicos españoles, hondamente españoles, sin sombra de visionarios, sino más bien con el pie firmemente asentado en la realidad.

La Murcia del siglo XVIII es un oasis en el desierto de la deshispanización. El pueblo murciano seguía fiel a sus ideales, perfectamente entroncado en el sentido de la jerarquía. Tal vez porque sus rectores supieron mantener apretados los lazos de identificación afectiva entre la autoridad y el súbdito. La vida piadosa de Murcia se exaltó, lejos de entibiarse al amparo de la prosperidad económica de aquellos decenios; los próceres y las Cofradías enriquecieron los templos y levantaron otros suntuosos. Y fué posible que Salzillo creara su dilatada obra.

